

Familias transfronterizas: el caso de la migración transnacional otavaleña

Juan Thomas Ordóñez¹

Resumo

Los Kichwa Otavalo son una población transnacional de indígenas migrantes cuyas trayectorias en Colombia presentan características complejas y difíciles de “inscribir” en los marcos legales existentes. Con casi 100 años de presencia continua en diferentes ciudades del país, el grupo incluye ciudadanos colombianos, residentes legales y una población flotante difícil de estimar que cruza la frontera entre Ecuador y Colombia y muchas veces sobre-extiende los tiempos de estadía otorgados, quedando efectivamente “indocumentados”. El artículo muestra cómo algunas estrategias comerciales y migratorias desarrolladas en las fronteras impactaron la expansión de redes migratorias mucho más amplias. También cuestiona el significado de “población transfronteriza” en un sistema de relaciones sociales, económicas y de parentesco donde “la frontera” como una unidad geográfica se desplaza simbólicamente a otros entornos, siguiendo las trayectorias migratorias de los comerciantes indígenas de diferentes edades.

Palabras clave: Comunidades transfronterizas, migración indígena, Kichwa-Otavalo, Colombia, Ecuador.

Abstract

The Kichwa Otavalo are transnational indigenous migrants with complex migration trajectories that make them almost impossible to inscribe in current legal framework. After almost a century with a continuing presence in Colombia, the group includes Colombian citizens, legal residents and a variegated population that crosses the Colombian/Ecuadorian border, over-extending the limits of their entrance permits and living as “undocumented” migrants. This article addresses the ways differed migration and business strategies developed in the border areas of Colombia have impacted the expansion of their migration networks worldwide. I also address questions surrounding the notion of “transborder” communities in a system of relations that surpass the borders of the State and are furthermore displaced to other geographical and political areas.

Key words: Transborder communities, Indigenous migration, Kichwa-Otavalo Colombia, Ecuador.

¹ Profesor Asociado, Escuela de Ciencias Humanas - Universidad del Rosario, Bogotá. Miembro del Grupo de Investigación “Estudios sobre Identidad” (ESI). E-mail: juan.ordonez@urosario.edu.co

Recebido para Publicação em 31/01/2017. Aprovado para Publicação em 16/07/2017.

Introducción

Las fronteras han sido pensadas de múltiples formas que buscan hacer énfasis sobre las divisiones políticas, las áreas de influencia binacionales o la integración regional (Carrión, 2013). De estas perspectivas queda claro que tanto la política internacional, como la cotidianidad de la vida de frontera no empatan necesariamente con las proyecciones que han tratado de hacer los gobiernos, algo que es especialmente notorio en el caso de los países miembros de la Comunidad Andina de Naciones (Ramirez, 2008). En el caso particular de Colombia, las poblaciones fronterizas sólo se discuten en momentos de crisis, sean estas crisis entre gobiernos o crisis humanitarias, como las que se dieron en el país en 2015 y 2016 donde “aparecieron”, casi sorpresivamente, miles de migrantes atascados a uno y otro lado de las fronteras con Ecuador, Panamá y Venezuela (El Espectador, 2016; Wyss, 2016; Palomino, 2016).

En cierta medida, se sobreentiende que hay pasos fronterizos por los que transitan personas, mercancías –legales o ilícitas-, dinero, ideas, etc., pero cuando se trata de pensar las poblaciones “fronterizas” se enfatizan los lazos sociales, las tensiones y desencuentros, lo que los une y los separa a lado y lado. Sin embargo, las fronteras también son zonas de paso estratégicas para migrantes que no necesariamente provienen de las regiones adyacentes a los límites geográficos de las naciones, sino que más bien pertenecen a los centros urbanos y regiones rurales del interior. Tales grupos pueden aprovechar las fronteras para fines comerciales o para establecer negocios temporalmente. Esto sin incluir el sinnúmero de migrantes transnacionales que pueden quedar “atascados” en las fronteras entre diferentes países durante sus trayectorias migratorias.

Lo que quiero discutir acá es un caso excepcional en los estudios migratorios que me ha traído a las fronteras repentinamente porque al enfrentarme a una población que se encuentra articulada a través de redes transnacionales complejas, las zonas limítrofes entre Colombia y Ecuador, y Colombia y Venezuela surgen en las narrativas de migrantes como lugares estratégicos que son o han sido centrales en la expansión de estas redes durante los últimos 80 años. Como lugares de paso, estas dos fronteras aparecen en las trayectorias de los migrantes como asentamientos temporales estratégicos a través de los cuales se sientan las bases sociales, económicas y comerciales para establecerse como comerciantes transnacionales. De igual forma, las dos fronteras mencionadas “existen” en los imaginarios de los migrantes aun cuando no hayan estado personalmente involucrados con ellas en una o dos generaciones. Esta “memoria familiar” de las fronteras puede reactivar flujos hacia ellas cuando las coyunturas políticas o económicas cambian y hacen de estas regiones lugares donde potencialmente se pueden reiniciar antiguas actividades comerciales.

En este artículo quiero presentar algunas características de una población que, en mi opinión, es doblemente transfronteriza. Esto en la medida que históricamente las fronteras nacionales

de Colombia han sido importantes en su reproducción social que, a su vez, los ha llevado a atravesar constantemente diferentes tipos de fronteras, tanto las fronteras entre muchos otros países y regiones en el mundo, como fronteras sociales y étnicas. En últimas, la condición transfronteriza de estas personas las ata a diferentes localidades a lo largo y ancho del mundo y, en Colombia, los enmarca en relaciones complejas que hacen difícil su “lectura” por parte del Estado. Busco mostrar cómo las fronteras entre Colombia y Ecuador y entre Colombia y Venezuela marcaron el desarrollo de algunas estrategias comerciales que han sido de gran utilidad en la expansión comercial de este grupo.

Los Kichwa Otavalo

El caso particular que quiero tratar es el de las redes de migración transnacional Kichwa Otavalo², indígenas ecuatorianos de la provincia de Imbabura, provenientes de tres cantones, Otavalo, Cotacachi y Antonio Ante, que en Colombia se reconocen a sí mismos simplemente como Kichwas. Desde la segunda década del siglo XX los indígenas otavaleños han establecido redes comerciales que surgieron de los procesos de urbanización indígena al interior de la provincia y pasaron a expandirse a otras localidades ecuatorianas y colombianas, inicialmente (Maldonado, 2004; Ordóñez et al., 2014). Ya para los años 30 empezaron un proceso migratorio que los llevó primero a la frontera colombiana y rápidamente al interior del país y a otros lugares como Panamá, Venezuela, y el Caribe (Salomon, 1973). A partir de los años 70, los Kichwa llegaron hasta Norteamérica, Europa y otras regiones de América Latina (Ordóñez Charpentier, 2008; Silva Guendulain, 2012; Ruiz Balzola, 2008; D’Amico, 2011) en viajes que se caracterizaron no sólo por venta de textiles, sino de artesanías fáciles de transportar en actividades que los migrantes complementaban con presentaciones de música andina (Meisch, 2002).

A Bogotá llegaron los primeros pioneros kichwas en los años 40 del siglo pasado y empezaron a fundar industrias textiles locales cuyos productos se comercializaban en otras ciudades como Barranquilla, Cali y Medellín. Sin embargo, en las historias de vida de la generación de migrantes mayores de 50 años, las ciudades fronterizas de Ipiales y Cúcuta parecen haber constituido puntos importantes en las rutas de migración, pues muchos artesanos establecieron ahí telares donde producían la mercancía que comerciaban al interior de Colombia (en el caso de Ipiales) y en el Caribe Colombiano y Venezuela (en el caso de Cúcuta). Para la época en que realmente se consolidaron como una comunidad migrante transnacional, es decir en los años 70, había una comunidad Kichwa establecida en la capital colombiana que hizo parte, a través de lazos comerciales y de parentesco, de las redes migratorias que han llevado a este grupo, en palabras de la antropóloga Lynn Meisch (2002), a todos los continentes del mundo menos la Antártida.

² El término “Kichwa” es el más usado por los integrantes de esta población que se encuentran en Colombia. Kichwa, sin embargo, puede referirse a una familia lingüística a la que pertenecen varias etnias y tanto en Ecuador, como en la literatura, es más común usar los términos Otavaleños, Otavalo o, más recientemente Kichwa Otavalo.

En el 2005, los Kichwa de primera, segunda y tercera generación en Bogotá -residentes legales, nacionalizados o nacidos en Colombia- lograron obtener reconocimiento como etnia y como cabildo en la capital (Caicedo, 2010; Bocarejo, 2011). Similarmente, en el 2013 fue reconocido un cabildo Kichwa en el pueblo de Sesquilé (Vargas, 2016), al norte de Bogotá y hay esfuerzos similares en otros centros urbanos del país. Esto ha hecho que más que entender la población como una comunidad migrante, los Kichwa sean leídos por el gobierno colombiano y por los académicos como indígenas colombianos, una población inscrita en las políticas multiculturales de la nación (Ordóñez et al., 2014) cuyas realidades sociales no empatan discretamente con los parámetros establecidos por el Estado.

Hoy en día las redes migratorias Kichwa tienen una extensión y un alcance impresionante que abarca casi todos los países industrializados del hemisferio norte y han alcanzado otras regiones en Asia (Meisch, 2002; Kyle, 2003; Ruiz Balzola, 2008; Ordóñez Charpentier, 2014). Sólo contando redes de contactos establecidos a través de un grupo de músicos jóvenes que conocí en la Plazoleta de la Universidad del Rosario hace tres años, mi proyecto actual incluye personas que están o han estado en enclaves migratorios en Bogotá, Ciudad de México, Maracaibo, Nueva York, Ámsterdam, Berlín y Milán, y que hacen parte de movimientos migratorios nuevos que lentamente están colonizando los mercados de Brasil, Rusia, Corea y Japón.

Las estrategias migratorias que definen, hoy en día, estos movimientos, están atados a una historia migratoria compleja donde ha surgido una diferenciación social interna de la cual dependen las redes comerciales (Torres, 2005; Huarcaya, 2015). Lo que me trae al tema de frontera, es que, en varios casos, muchas de estas estrategias tienen una relación cercana con prácticas que generaciones pasadas aprendieron y perfeccionaron en dos zonas fronterizas de particular interés para la región andina. Estas son la frontera entre la Provincia del Carchi y el Departamento de Nariño y la frontera entre Táchira y Norte de Santander. De esta manera, mi presentación juega con el término “transfronterizo” de dos formas que están estrechamente relacionadas y que cobran particular importancia en el marco de este encuentro.

De fronteras y familias transfronterizas

El primer sentido del término “transfronterizo” se refiere directamente a las fronteras físicas, la división política de la geografía de un área que se encuentra en los territorios de dos o más naciones. Las poblaciones transfronterizas son aquellas que transitan por estas fronteras de una forma regular, personas cuya realidad social atraviesa las divisiones estatales y existe de una forma u otra a ambos lados. Este sentido es ambiguo y bastante vago, pero sirve para describir poblaciones que se encuentran inscritas en la geografía humana de las áreas fronterizas y cuyas vidas transcurren por ellas y a pesar de ellas.

El segundo sentido que voy a usar de “transfronterizo” es el que le ha dado al término la antropóloga Lynn Stephen que apunta a poblaciones donde las relaciones sociales se articulan en varias direcciones y que tienen efectos en diversas localidades a través de lazos establecidos por migrantes transnacionales. “Transfronterizo” describe una experiencia que se desenvuelve en diferentes lugares, cada uno una potencial “localidad,” pero al mismo tiempo parte de un espacio discontinuo de lugares entrelazados entre sí a través de lazos de parentesco, expresiones culturales, trabajo etc. Esta perspectiva de lo “transfronterizo” desestabiliza nuestras nociones espaciales y temporales; el antes y después o el aquí y el allá, porque más que describir relaciones transnacionales –es decir entre y a través de naciones- describe una existencia múltiple que trasciende fronteras. Estas no sólo son fronteras geográficas entre naciones o regiones, sino que constituyen fronteras sociales, de clase, étnicas y demás; fronteras cuyos límites no sólo son políticos, sino también culturales, sociales y económicos (Stephen, 2007: 6-9). Transfronterizo es un término que sale entonces del estudio de redes migratorias cuyos flujos de personas, capital, ideas y representaciones ocurren en múltiples direcciones y que se caracterizan por interconectar a personas, familias y conocidos a lo largo y ancho del mundo contemporáneo (ver también Fog Olwig, 2007).

Las poblaciones transfronterizas plantean un problema complejo para las naciones, pues sus miembros existen como actores sociales económicos y políticos en varios países y en espacios sociales diversos. Así, el término “transfronterizo” es una respuesta a las críticas hechas a los análisis clásicos de la migración como un proceso que ocurre entre dos lugares puntuales donde tradicionalmente se consideraba la partida un hecho absoluto y la llegada un problema social atado a las teorías de asimilación y aculturación. De nociones de decisión racional, es decir respuestas de oferta y demanda, a elementos económicos y laborales, las ciencias sociales han pasado a estudiar configuraciones sociales de migrantes en sus contextos históricos y políticos y las redes migratorias y las relaciones que se establecen entre los lugares de origen y destino de poblaciones móviles (Castles 2002).

A diferencia del término “transnacional”, sin embargo, transfronterizo implica relaciones que incluyen posiciones relativas dependiendo de la persona, situación y contexto en el que se desenvuelve y apunta tanto a la fluidez que puede existir entre entornos particulares dentro de un sistema de relaciones, como la inconmensurabilidad que entre ella pueden encontrar las personas. Así, una misma persona puede transitar y atravesar fronteras étnicas, por ejemplo, viviendo parte del año como un indígena en Ecuador, para relacionarse con otro entorno como mestizo, dependiendo de los significados e implicaciones sociales, económicas etc. Otro ejemplo es la forma en que el ser considerado “indígena” por un estado particular puede diferir de las categorías o divisiones étnicas de otro, cosa que para los kichwas colombianos significa una serie de relaciones con instituciones particulares que son muy distintas a las relaciones que tienen sus coterráneos con el Estado ecuatoriano o con otros Estados. Mientras las diferencias entre un lugar y otro pueden ser muy grandes y generar articulaciones políticas e identitarias diferentes, de alguna forma se mantienen los lazos y flujos que hacen que personas en diferentes puntos se reconozcan y puedan desenvolverse tanto en las diferencias que los

atan a una localidad o las similitudes que los inscriben dentro de una misma etnia (aunque no de forma homogénea).

La frontera entre Ecuador y Colombia ofrecía una ventaja relativa a muchos comerciantes que establecieron talleres en Ipiales que en los años 70 seguían funcionando. El cambio de Pesos a Suces y la distancia a las ciudades de Popayán, Cali y Bogotá, hacía de la región fronteriza un lugar ideal para establecer bases. Además de esto, tener telares en Colombia abría la posibilidad de entrar telas y otros productos hechos en Ecuador sin pasar por las aduanas colombianas y “nacionalizarlas” con documentos que decían que eran producidos en Colombia. Para los años 70 algo similar había ocurrido en Cúcuta. Algunos comerciantes se establecieron en la ciudad, construyeron telares y comerciaban estratégicamente en la región Caribe Colombiana y con Venezuela. Las descripciones que he recolectado muestran que cuando los socios venezolanos no compraban la mercancía a precios deseables o bajaba la demanda, se revertía a vender en Barranquilla y Cartagena, mientras que cuando la venta en Venezuela subía, se concentraban los esfuerzos a mandar mercancía al otro lado de la frontera. Estas comunidades en Cúcuta también sirvieron como una base para incursiones al interior de Venezuela.

Los comerciantes kichwas en Ecuador, por su cercanía a la frontera con Colombia, aprendieron en la primera mitad del siglo XX a aprovechar los cambios monetarios no sólo de sus productos sino de las materias primas para confeccionarlos y establecieron prácticas migratorias que aprovechaban las relaciones de parentesco y compadrazgo para reproducirse económicamente. Jóvenes de familias rurales y menos pudientes eran enviados como trabajadores a los telares de familiares más adinerados o de compadres o socios de sus padres. A través de largas horas de trabajo, muchas veces no remunerado, no sólo aprendían a construirlos y usar telares, sino que establecían relaciones con los intermediarios y socios no indígenas de sus patrones. Al interior de Colombia escogieron la ciudad de Bogotá como un punto estratégico, en parte porque es un mercado grande y por la infraestructura que ofrece a partir del cual también establecieron industrias locales. Para los años 50, 60 y 70 quienes vivían en Bogotá siguieron los patrones de asociación étnica y mandaban a sus hijos a trabajar con parientes o socios en otras ciudades. Así, kichwas nacidos en Bogotá fueron a trabajar a los telares de Ipiales en estos arreglos entre sus padres y los socios comerciales. Estos viajes también reforzaron la identidad étnica de los Kichwa colombianos que conocían a pares ecuatorianos y podían terminar viajando a Imbabura con sus empleadores y estableciendo sus propias redes comerciales.

Los patrones establecidos en Cúcuta son similares. Don Eduardo, un artesano de casi 70 años viajó en los años 70 a la capital de Norte de Santander a trabajar con un amigo de su padre. Sabía usar y construir telares y trabajó para dos patrones en este tipo de arreglo. No le pagaban, pero en los años de servidumbre logró conocer los comerciantes de hilo y las bordadoras que trabajaban con su patrón y que eventualmente lo ayudaron a independizarse. Una vez estableció su propio taller, empezó a traer familiares de su esposa a trabajar en una situación similar a la que ya había vivido. Cuando salió de Cúcuta 8 años después, había

comerciado y viajado extensamente al otro lado de la frontera, había tenido varios hijos con nacionalidad colombiana³ y había incursionado en la música brevemente con ayuda de un cucuteño que les ayudó a organizar una presentación típica de danza indígena.

Don Francisco también salió de Imbabura en la adolescencia a trabajar con su padre que se había establecido años atrás en Mérida, Venezuela. Ahí trabajaba en el taller todo el día, primero como empleado raso y después dirigiendo grupos de trabajadores. Con su padre aprendió el negocio en Venezuela y viajó a Caracas y otros lugares comerciando. Eventualmente se estableció en Bogotá, ciudad a la que llegó por las relaciones comerciales de su padre y donde se casó con la hija de uno de los primeros kichwas mindalae⁴ que llegaron a la capital y cuyos hijos mayores comerciaban y pasaban temporadas trabajando en los telares de los socios de su padre en Ipiales.

Hace algunas décadas, las dos fronteras eran centrales a las actividades comerciales de la población, aun cuando no todos se asentaron en estas zonas permanentemente. Pero lo que quiero resaltar aquí son las prácticas a través de las cuales los kichwas han manejado la afluencia que les trae el comercio. Esto es, las prácticas de mandar jóvenes sin recursos a las empresas familiares de socios y compadres para que “aprendan”. Estas prácticas, que se daban también al interior de Ecuador, son centrales para entender a expansión de las redes a otros países. Otro elemento importante es la habilidad, aprendida en las fronteras, de aprovechar las disparidades en las economías nacionales para maximizar las ganancias, y la flexibilidad que requiere reaccionar a cambios en la oferta y demanda. Todas estas estrategias “de frontera” han tenido inherencia sobre la forma en que esta población migra.

Finalmente, también es importante entender la posición que tenían estos migrantes en los países con los que se relacionaban. En Ecuador, los kichwas son reconocidos en todo el territorio nacional como provenientes de Imbabura, pero en Ipiales, al igual que el resto de Colombia, son vistos simplemente como “ecuatorianos”. Aun cuando la identidad étnica en las primeras generaciones se mantuvo a través del idioma, las costumbres y la vestimenta, los registros fotográficos de algunas familias muestran que en Colombia jugaban con la etnicidad en el sentido que usaban las adscripción “ecuatorianos” (que era y es equiparada con ser indígena) para comerciar, porque eran reconocidos por la calidad y los precios de sus telas, pero también se vestían como mestizos para otras situaciones donde verse “indígena” era desventajoso. La etnicidad, que en Latinoamérica han descrito como fluida y relacional (Canessa, 2012; Cadena y Starn 2007), es algo que también parece cambiar radicalmente al

³ Colombia no tiene una política de *ius solis*, donde el nacer en el territorio nacional concede automáticamente la nacionalidad. Los padres migrantes de un bebe nacido en Colombia deben, supuestamente, cumplir con varias características, como ser residentes domiciliados, cosa que no es tan claro en la mayoría de los casos que conozco. Sin embargo, son tan pocos los casos y tan poco el conocimiento al respecto que probablemente no es considerado por las personas que registran los nacimientos.

⁴ El término Mindalá es de la época de la colonia y se refiere a los comerciantes indígenas de la región de Imbabura conocidos por la calidad de sus telas (Salomon 1973; Maldonado 2004).

cruzar las fronteras, algo implícito en los ya clásicos análisis de Barth (1976) que sin embargo no contemplaban alcances geográficos como los que tienen las redes kichwas.

En términos migratorios esta flexibilidad también afectó las prácticas documentales que usaban los kichwas para cruzar y vivir las fronteras nacionales. Los cruces no parecen necesariamente haber sido “oficiales” en estas regiones notoriamente porosas. El pasaporte que usó don Eduardo, emitido en el consulado de Ecuador en los años 70 en Bogotá, no tiene sellos ni marcas oficiales que indiquen que lo usó es sus viajes, por ejemplo. Muchos otros migrantes de diferentes edades describen cruzar tanto la frontera colombo-ecuatoriana como la colombo-venezolana sin pasar por las entidades migratorias. Más bien, lo que describen estas personas es una larga historia de encontrones con la policía y más tarde con agentes del DAS⁵ a los que tenían que sobornar para poder seguir su camino. Esto, sin embargo, no impidió que algunos comerciantes se establecieran en el país y regularizaran su estatus migratorio – aunque no siempre permanentemente- que resultó en una primera generación, nacida principalmente a partir de la década de 1950, con nacionalidad colombiana. Una vez reconocidos políticamente como un grupo indígena en Colombia estos juegos relacionales se hacen más notorios, tanto en términos identitarios como en las prácticas documentales que usan los kichwas para relacionarse con el estado.

Frente a las políticas multiculturales de esta nación los Kichwa colombianos, especialmente los de Bogotá, han reorientado muchas de sus expresiones culturales para atender y responder a las demandas del Estado (Bocarejo, 2011; Chaves y Zambrano, 2006; Zambrano, 2011), mientras que en Ecuador quienes están establecidos en Otavalo y otras partes de Imbabura responden a los requerimientos ecuatorianos y a la nueva afluencia indígena en la región (Collaredo-Mansfeld, 1999; Huarcaya, 2015). En ambos casos la “nacionalidad” establecida en el reconocimiento de la ciudadanía de cada persona está articulada a sus necesidades comerciales y a sus expectativas del futuro. Quienes se sienten “realmente” colombianos se han consolidado como ciudadanos en Colombia y mantienen relaciones con “socios” (generalmente familiares) en Ecuador y otros países con los que hacen negocios. Pero quienes no están pensando en quedarse en Colombia o apenas empiezan su vida comercial aquí, tienden a no regularizar su estatus migratorio o a hacerlo por temporadas, dejando vencer sus permisos de residencia cuando no necesitan firmar contratos (arriendo de locales, principalmente). También es común que socios colombianos le “presten” sus papeles a las contrapartes indocumentadas para que puedan empezar a trabajar en Colombia.

Finalmente, en el potpurri de casos y condiciones documentales atraviesan el sistema un sinnúmero de migrantes menos afluentes que entran y salen de Colombia, a veces sobre-extendiendo sus permisos de estadía en el país. Es significativo también que, aunque no necesariamente comparten todos las mismas condiciones sociales, económicas y de reconocimiento político, todas estas personas se reconocen de una forma u otra como pertenecientes a la misma etnia.

⁵ Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) en era la entidad que manejaba los asuntos migratorios en Colombia hasta 2011 cuando se reestructuro el sistema y apareció Migración Colombia

Del mundo de las fronteras a las fronteras del mundo

No pretendo argumentar que la migración a Colombia y las dinámicas establecidas en sus fronteras hayan afectado e influenciado todas las prácticas que hoy en día caracterizan la migración Kichwa en el mundo. A lo que estoy apuntando acá es a la relación que veo en estas prácticas con las estrategias migratorias actuales. No todos los kichwas que migran han pasado por Colombia (aunque me falta conocer a alguien que no tenga o experiencia personal o un pariente que haya conocido el país). Sin embargo, la cercanía de Imbabura a la frontera con Colombia y la importancia de Bogotá en las dinámicas que a partir de la década de 1970 llevaron a esta población a Europa, Norteamérica y otras partes (Ordóñez et al. 2014), sugieren que no es una casualidad sino que, más bien, las prácticas de frontera influenciaron y se replicaron en otros parajes.

Hoy en día un joven con pocos recursos en Imbabura tiene varias opciones para migrar, algo que constituye parte de la identidad y proyecto de vida de gran parte de la población (Maldonado, 2004). Una opción es seguir el patrón descrito arriba e ir a trabajar con socios de sus padres en situaciones que son casi siempre desfavorables. El centro de Bogotá está lleno de locales comerciales Kichwas atendidos por jóvenes en esta situación y la práctica es tan común que hasta hace unos años se promocionaban estos puestos en Bogotá, Chile, Brasil y otros países por las estaciones de radio comunitarias de las localidades rurales en Imbabura⁶.

Otra opción, especialmente si el joven tiene experiencia con la música, es ir contratado por alguien adinerado que quiere organizar grupos que toquen música andina en diferentes ciudades de Europa. De forma similar al uso de telares en generaciones anteriores, saber hacer arreglos musicales resulta muchas veces en viajes en una situación de explotación o desventaja económica que sin embargo sirve para conocer la vida migrante y acumular suficiente dinero y contactos para independizarse.

Recuentos de viajes a Europa desde los años 90 también muestran cómo los grupos musicales efectivos consiguen contactos locales que les ayudan comprando carros en los países donde son más baratos para facilitar el movimiento de los grupos. Esto lo he visto en las narrativas del mismo artesano que mencioné arriba y que vivió 8 años en Cúcuta antes de viajar por Europa. En su primer viaje compraron, a través de un "amigo" alemán, un carro en Holanda donde dice que era más económico. Algo similar me contó un joven que conocí hace tres años en Bogotá y que desde entonces viajó a Rusia donde un contacto local les esperaba con un carro comprado en otro país del Este de Europa. Y así, en casi todas las trayectorias que he recolectado me encuentro con las fronteras jugando un papel central en las estrategias de los kichwas migrantes.

⁶ Estos anuncios fueron descontinuados por varios casos de demandas y procesos legales asociado a la explotación laboral de menores y tráfico de migrantes como me lo explicaron en las oficinas de Radio Ilumán (Imbabura) en junio del 2014.

Otra práctica que se ha transferido al escenario global es el establecimiento de enclaves estratégicos donde se asientan algunas personas y establecen comunidades que se articulan como nodos importantes en las redes. Nueva York, Madrid, y otras ciudades parecen ser lugares donde casi todas las familias que he conocido tienen familiares que han regularizado su estatus migratorio. En estos nodos los nuevos migrantes encuentran trabajo, soporte y solidaridad y también oportunidades donde terminan explotados por sus propios congéneres de forma muy similar a las narrativas recogidas en las generaciones anteriores que entraron a Colombia. Es más, estos nodos ofrecen oportunidades de migrar irregularmente a países donde la entrada es difícil pero los mercados son robustos. He oído de gente que entró a Italia y Alemania con los pasaportes de amigos o familiares que habían obtenido la nacionalidad o residencia en esos países, aprovechando el desconocimiento de lo “indígena” de los oficiales de migración y una laxitud frente a la identidad del migrante que ha ido desapareciendo paulatinamente desde el 11 de septiembre del 2001 con la “aparición” de la amenaza terrorista en Estados Unidos y Europa.

La flexibilidad de moverse como respuesta a las condiciones económica también se replica en Europa y he conocido migrantes que se mueven de Francia a Rusia, por ejemplo, a trabajar con parientes que llegan desde Ecuador, sólo para ser deportados a su país de origen después de vivir en el exterior 12 años indocumentados. De forma similar, las estrategias para mandar el dinero ganado a los familiares en Ecuador y Colombia siguen patrones similares. Un joven de 25 años que conocí en Bogotá se acuerda de entrar a vender ropa a Colombia con sus padres y cruzar la frontera de regreso a un Ecuador antes de la dolarización con fajas de billetes pegados al cuerpo con cinta adhesiva, algo que también hacen para traer plata desde países más lejanos como Rusia, donde no es fácil hacer envíos electrónicos para extranjeros. Otra opción usada en Colombia anteriormente era mandar dinero con conocidos que viajaban a Ecuador, y hoy en día muchos kichwas tiene amigos “locales” en Europa que hacen los envíos electrónicos a su nombre para poder mandar mayores cantidades de dinero y pagar menos impuestos.

Finalmente, la frontera con Colombia ha tomado un nuevo significado para los comerciantes y habitantes en general de Imbabura y otras regiones al interior de Ecuador. Después de varios años sin realmente estar pensando en la frontera entre Tulcán e Ipiales, de repente se invierten las relaciones comerciales con el cambio del dólar. En febrero y junio de 2016 oí a artesanos hablar de viajar a Ipiales a comprar materia prima más barata en una narrativa que se refiere a un problema que ha tratado de controlar el gobierno ecuatoriano que no ha podido frenar los flujos y tránsitos a Colombia, donde elementos desde electrodomésticos hasta artículos de aseo se consiguen a mejor precio con el cambio de dólares a pesos. En muchos casos, estas prácticas responden a la memoria familiar de la importancia de la frontera que antes de la dolarización del Ecuador establecía la relación inversa, donde productos y materia prima podía ser encontradas a mejor precio en Tulcán que era un sitio donde muchas familias tenían locales comerciales (ver caso en Colloredo-Mansfeld, 1999).

El Estado frente a las familias transfronterizas

El panorama que he presentado arriba sugiere que las familias transfronterizas son una población con miembros asentados y miembros en movimiento que se articulan social y económicamente a través de lazos sociales, comerciales y de parentesco en varios puntos de la geografía mundial. A lo largo de los últimos 100 años, procesos que parecen haber sido altamente influenciados por estrategias desarrolladas en fronteras geográficas como las de Colombia, Ecuador y Venezuela, los Kichwa han logrado expandir su alcance comercial a un sinnúmero de países. Por el momento me centraré solo en lo que pasa en Colombia, un país cuyo Estado no está preparado para entender este tipo de población porque sus características exceden, en más de un sentido, los límites de la nación.

Partamos del hecho, visto arriba, que hay personas asentadas permanentemente o semipermanentemente en Bogotá y otras ciudades, pero estos enclaves kichwas están atravesados por otros migrantes que transitan por las redes y se mueven. Los movimientos además no ocurren entre dos polos (Colombia-Ecuador) sino a través de un sistema casi capilar de relaciones sociales medidas por diferencias económicas, cercanía o distancia de parentesco y otros factores. Finalmente, las estrategias migratorias desarrolladas en Colombia y altamente influenciadas por las dinámicas de frontera hacen que muchos de estos flujos transitorios y semipermanentes no se acoplen a los reglamentos migratorios vigentes. Al fin y al cabo, la documentación, para los kichwas y otros migrantes del mundo, no es una necesidad imperante o parte de estrategia claramente demarcada en sus imaginarios de lo que implica o no vivir en un lugar. Los documentos son, más bien, entendidos de una forma utilitaria para lograr fines específicos. Una vez alcanzados estos fines (entrar a un país particular, firmar el contrato de arrendamiento de un local comercial, entrar a una institución educativa etc.) los papeles pierden importancia y pueden pasar a un segundo plano hasta que son nuevamente requeridos.

Estas características entran a jugar en un ambiente político enrarecido donde los miembros más establecidos de la comunidad no son ni siquiera entendidos desde el Estado como migrantes, sino como si fueran un grupo indígena colombiano. Más aún, sus problemáticas se inscriben dentro de las condiciones de un grupo indígena urbano, sin territorio en la Nación, una anomalía incómoda en un país que no “imagina” indígenas por fuera de sus territorios “ancestrales” (Zambrano, 2011).

El resultado son una serie de inconsistencias que creo veremos expandirse a otras poblaciones en Colombia si las tendencias económicas y geopolíticas siguen el curso que están tomando actualmente. En primer lugar, entre los kichwas asentados en Bogotá que se encuentran inscritos en el Cabildo Mayor Indígena Kichwa hay solo un número reducido de familias que incluyen exclusivamente personas nacidas en Colombia o con residencia permanente. Especialmente a nivel de las familias extensas es común encontrar nacionales colombianos mezclados con familiares que han sobre-extendido la vigencia de la tarjeta andina, dejado

vencer los términos de sus cédulas de extranjería o simplemente entrado sin pasar por las inspecciones fronterizas. Esto se debe en parte a la forma tradicional de migrar a Colombia y a Venezuela en el último siglo. Pocos de los casos que he recogido incluyen unidades familiares donde todos los miembros legalizaron su estancia durante toda su estadía. Esto plantea preguntas difíciles sobre cómo el Estado pueda diseñar una forma de identificar y tratar una población cuyas unidades familiares no comparten un mismo estatus migratorio e incluyen miembros de múltiples nacionalidades y de estatus migratorios mixtos.

Para complicar las cosas más, hay una práctica común entre muchos kichwas en Colombia que prefieren tener sus hijos en Ecuador donde son atendidos gratuitamente y donde tienen ayuda de familiares. Aun cuando la doble nacionalidad está contemplada tanto en la constitución ecuatoriana como en la colombiana, mucha gente cree que no es posible obtener la nacionalidad si no se registran los bebés en cada país, como si hubieran nacido ahí. Así, muchos jóvenes terminan con un doble registro civil que implica que fueron registrados como nacidos en Ecuador y después fueron registrados como nacidos en Colombia o viceversa. Este doble registro hace imposible obtener ciertos beneficios después de cumplida la mayoría de edad y es en casi todos los casos una medida innecesaria producto del desconocimiento y la falta de información sobre las leyes que otorgan nacionalidad.

Estas características no son una condición claramente asociada con la etnicidad sino una condición asociada a una comunidad móvil. Una persona indocumentada en Colombia puede tener hermanos con nacionalidad colombiana, primos con nacionalidad europea o norteamericana y padres o tíos que viven indocumentados en otros países. El reconocimiento como grupo indígena colombiano también tiene un efecto nefasto sobre algunas de las redes sociales de las cuales depende la comunidad porque en cierta forma la escinde en dos grupos que deben proteger sus intereses unos de otros. Para complicar las cosas, la política pública colombiana requiere que cualquier interacción con grupos indígenas sea mediada por los líderes de la comunidad, lo que hace al Cabildo Kichwa de Bogotá un representante *de facto* de muchos indígenas ecuatorianos que no se encuentran en sus registros. Esto es especialmente notorio en los casos en que el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar encuentra menores de edad viajando solos o encuentra niños, niñas o adolescentes trabajando en la calle, pues al identificarlos como indígenas y no discriminar por nacionalidad (en gran parte porque este país no “sabe” administrativamente que tiene migrantes de este tipo) revierte a las autoridades del cabildo en un proceso que muchas veces entorpece el contacto con el Consulado de Ecuador, autoridad que debe responder por el restablecimiento de derechos de estos menores.

Así, la doble condición de “transfronterizos” que ha marcado el alcance impresionante de las redes migratorias Kichwa, genera unas dinámicas que incrementan su vulnerabilidad como migrantes. El Estado colombiano, que parece preocuparse por sus fronteras solo frente a los momentos de crisis y que sólo entiende la categoría de migrante como aquellas personas afluentes que vienen a hacer negocios en Colombia o los migrantes traficados a través de las redes ilegales que buscan mover gente hacia la frontera entre México y Estados Unidos, no tiene administrativamente las herramientas necesarias para atender y en cierta forma leer una

población que históricamente pertenece a la nación colombiana porque ha existido en sus márgenes geográficos y políticos por muchos años.

Conclusiones

Las estrategias migratorias descritas anteriormente muestran la importancia de las fronteras nacionales para una población que proviene de regiones del interior y que desarrolló relaciones comerciales y familiares que aprovechaban las discrepancias económicas que determinan los mercados en estas zonas. Muchas de estas estrategias, como se puede ver en la relación que se establece con la documentación y en la práctica de mandar jóvenes a trabajar con comerciantes establecidos, se han transferido al ámbito transnacional y juegan un rol central tanto en la expansión de redes migratorias complejas, como en la articulación identitaria de un grupo cuyos miembros pueden enfrentar condiciones socioeconómicas y políticas diametralmente diferentes. Y mientras la aparente fluidez con la que funciona y se reproduce la migración Kichwa podría sugerir una autonomía e independencia singular en estos migrantes, las tensiones que generan en diferentes nodos del sistema pueden contribuir a una vulnerabilidad alta para ciertos migrantes en diferentes situaciones que van desde los viajes “indocumentados” hasta el reconocimiento estatal. Una población transfronteriza en los dos sentidos que he discutido, el geográfico y el espacio-temporal, puede así encarnar un sistema de relaciones efectivas comercial y políticamente en muchas situaciones, que sin embargo se puede encontrar con inconsistencias tanto administrativas como políticas que generan problemas que afectan a sus miembros diferencialmente. Así, los estudios transfronterizos necesitan tornar su mirada a los impactos que tienen las fronteras en estos dos sentidos, no sólo porque las fronteras juegan un rol central en la historia de este tipo de migraciones (en este caso por lo menos), sino porque las contingencias fronterizas claramente “viajan” con los migrantes y se replican de diferentes formas a lo largo de sus trayectorias de movimiento y de su historia personal.

Referencias

BARTH, Fredrik. Los Grupos Étnicos y sus Fronteras. México; Fondo de Cultura Económica, 1976.

BOCAREJO, Diana. Dos Paradojas Del Multiculturalismo Colombiano: La Espacialización de La Diferencia Indígena Y Su Aislamiento Político. *Revista Colombiana de Antropología* 47(2): 97-121. 2011.

CADENA, Marisol de la, y OrinSTARN. Introduction. *In Indigenous Experience Today*. New York: Berg. 2007.

CAICEDO, Luz Piedad. Los Kichwa-Otavalo En Bogotá. In *Niñez Indígena En Migración: Derechos En Riesgo Y Traumas Culturales*. Alicia Torres, ed. Pp. 139–226. Quito: FLACSO. 2010.

CANESSA, Andrew. *Intimate Indigenities: Race, Sex, and History in the Small Spaces of Andean Life*. Durham, N.C: Duke University Press. 2012.

CARRIÓN, Fernando. *Las Regiones Transfronterizas: Lugares de Des-Encuentro*. In *Seguridad, Planificación Y Desarrollo En Las Regiones Transfronterizas*. Fernando Carrión, ed. FLACSO. 2013.

CASTLES, Stephen. *Migration and Community Formation under Conditions of Globalization*. *International Migration Review* 36(4): 1143–1168. 2002.

CHAVES, Margarita, y Marta ZAMBRANO. *From Blanqueamiento to Reindigenización: Paradoxes of Mestizaje and Multiculturalism in Contemporary Colombia*. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*(80): 5–23. 2006.

COLLOREDO-MANSFELD, Rudi. *The Native Leisure Class: Consumption and Cultural Creativity in the Andes*. Chicago: University of Chicago Press. 1999.

D'AMICO, Linda. *Otavalo Women, Ethnicity, and Globalization*. Albuquerque: University of New Mexico Press. 2011.

EL ESPECTADOR. *Migrantes Haitianos Buscan Ingresar Al País*. <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/migrantes-haitianos-procedentes-de-brasil-tambien-busca-articulo-647624>, accessed August 20, 2016.

FOG OLWIG, Karen. *Caribbean Journeys: An Ethnography of Migration and Home in Three Family Networks*. Durham: Duke University Press. 2007.

HUARCAYA, Sergio Miguel. *Performativity, Performance, and Indigenous Activism in Ecuador and the Andes*. *Comparative Studies in Society and History* 57(3): 806–837. 2015.

KYLE, David. *Transnational Peasants: Migrations, Networks, and Ethnicity in Andean Ecuador*. Baltimore: Johns Hopkins University Press. 2003.

MALDONADO, Gina. *Comerciantes y viajeros: de la imagen etnoarqueológica de “lo indígena” al imaginario del kichwa otavalo “universal.”* Quito: Editorial Abya Yala. 2004.

MEISCH, Lynn A. *Andean Entrepreneurs: Otavalo Merchants and Musicians in the Global Arena*. Austin: University of Texas Press. 2002.

ORDÓÑEZ CHARPENTIER, Angélica. “Como El Agua Vuelve Al Mar, Volvemos”. *La Importancia de La Comunidad En La Migración Kichwa Otavalo (Ecuador)*. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*. Les Cahiers ALHIM 27. <http://alhim.revues.org/4987>, accessed November 20, 2014.

ORDÓÑEZ, Juan Thomas, Fabio Andrés COLMENARES, Anne GINCEL, and Diana Rocío BERNAL. *Migraciones de Los Kichwas-Otavalo En Bogotá*. *Revista de Estudios Sociales* No.35 48: 43–56.2014.

PALOMINO, Sally. Colombia intensifica la presión a los migrantes cubanos. EL PAÍS. http://internacional.elpais.com/internacional/2016/08/08/colombia/1470614253_379305.html, accessed August 20, 2016.

RAMÍREZ, Socorro. Las Zonas de Integración Fronteriza de La Comunidad Andina. Comparación de Sus Alcances. *Estudios Políticos*(32): 135-169. 2008.

RUIZ BALZOLA, Andrea. Estrategias, Inversiones e Interacciones de Las Mujeres Migrantes Kichwa Otavalo. *En Al Filo de La Identidad: La Migración Indígena En América Latina*. Alicia Torres and Jesús Carrasco, eds. Pp. 47-68. Quito: FLACSO. 2008.

SALOMON, Frank. Weavers of Otavalo. *En Peoples and Cultures of Native South America*. Daniel R. Gross, ed. Garden City, New York: Doubleday / The Natural History Press. 1973.

SILVA GUENDULAIN, Antonio. La Migración Transnacional de Los Kichwas Otavalo a La Ciudad de México En Tiempos de La Globalización. *Pacarina Del Sur* 3(12). 2012.

STEPHEN, Lynn. Transborder Lives: Indigenous Oaxacans in Mexico, California, and Oregon. 2 edition. Durham: Duke University Press Books. 2007.

TORRES, Alicia. De Punyaro a Sabadell...la Emigración Kichwa Otavalo a Cataluña. *In La Migración Ecuatoriana: Transnacionalismo, Redes E Identidades*. Gioconda Herrera, María Cristina Carrillo, and Alicia Torres, eds. Pp. 433-448. Quito: FLACSO. 2005.

VARGAS, Andrés Felipe. Los Migrantes de La Laguna: Un Estudio de La Construcción Y Configuración de Flujos Migratorios de La Comunidad Kichwa En Sesquilé. Monografía de grado programa de Antropología, Universidad del Rosario. 2016.

WYSS, Jim. Colombia Deports 1,350 Travelers amid Crackdown on Cuban Migrants | Miami Herald. Miami Herald Versión Digital. <http://www.miamiherald.com/latest-news/article94548632.html>, accessed August 20, 2016.

ZAMBRANO, Marta. El Lugar de La Etnicidad Y La Etnicidad En Su Lugar. Sobre Las Dificultades de Abordar La Etnicidad En La Ciudad. *En La Multiculturalidad Estatalizada: Indígenas, Afrocolombianos Y Configuración de Estado En Colombia Y América Latina*. Margarita Chaves, ed. Pp. 191-200. Bogotá: ICANH. 2011.